

## Bases PARA UNA REPUBLICA DE IGUALES

Un grupo de argentinos y argentinas provenientes de distintas militancias partidarias y de sectores independientes, asqueados de ver cómo los mejores principios de la República eran vilmente cambiados en la mesa de negociaciones políticas y empresarias, decidimos construir Alternativa por una República de Iguales. Así nació el ARI, una fuerza política, abierta a la sociedad, convencida de que es posible construir una nueva Argentina a partir de la ética de las convicciones. Dos objetivos alumbraron nuestro nacimiento como fuerza política: develar la verdad y refundar un país en el que valga la pena vivir. En el convencimiento de que sólo la verdad hace libres a los pueblos y les permite reconstruir y reconducir su futuro hacia la paz, y sobre esa base, proponemos edificar una alternativa de gobierno que selle un nuevo contrato moral, que genere nuevas reglas institucionales, económicas y sociales que nos permitan a todos los argentinos y argentinas construir un país sin excluidos ni humillados, un país en el que el respeto sea la base de todas las relaciones. Ese país en el que todos podamos tener pan, paz y trabajo. Una Nación en la que no nos resignemos a que nuestros hijos vivan sin futuro. Para construir este proyecto de país es necesario romper con la trampa y el círculo vicioso de violencia y fuga, que ha caracterizado en momentos fundacionales a nuestra sociedad.

Hemos sufrido muchas violencias en nuestra historia: violencia económica y social, violencia y robo institucional, violencia de la palabra y en las relaciones sociales. Sin embargo, nosotros, como sociedad, muchas veces hemos elegido el camino de la indiferencia frente a estas situaciones. Las consecuencias fueron el desánimo y la fuga. ¿Qué es la fuga? Preferir la ficción a la verdad. Fugar es no hacerse responsable, fugarse es abandonar nuestros mejores ideales. La historia de los últimos 30 años nos muestra cómo los argentinos y las argentinas hemos caído reiteradamente en esta trampa. Lo hicimos en 1982 cuando pasamos de la violencia extrema de la dictadura militar, a vivir una guerra en Malvinas. Recién entonces, exhaustos de violencia, comenzamos a valorar la democracia. En 1983 tratamos de refundar la República sobre una idea democrática y de búsqueda de la verdad. Ese proyecto fue abortado en la

Semana Santa de 1987. Sus secuelas fueron la Ley de la Obediencia Debida y el Punto Final: uno de los mayores golpes asestados a nuestra democracia. Los efectos de ese golpe de impunidad aún perduran. La pérdida del impulso moral nos encaminó al caos económico. En 1990 creímos en una nueva ficción: que la salvación llegaría a partir del cambio de las reglas económicas. La convertibilidad, junto a un sistema financiero preparado para la fuga de capitales, el lavado de dinero y una corrupción generalizada, terminó en la destrucción de la República. Hoy somos un pueblo de ficciones derrumbadas. Estos hechos no hacen más que revelarnos las bases sobre las cuales debemos asentar la nueva República: un nuevo contrato moral, con reglas claras que habiliten una democracia participativa, y un modelo de desarrollo endógeno y sostenible para todos los argentinos y argentinas. El contrato moral, en consecuencia, exige nuestro compromiso con la justicia, la paz, con la palabra, con la solidaridad, en una construcción colectiva, que nos permita bienestar, progreso, libertad y justicia social para todos. La exigencia de un contrato moral basado en un examen de conciencia colectivo, profundo, serio, resulta indispensable. Los pueblos que asumen sus culpas, tienen la mejor oportunidad, porque así se liberan las enormes fuerzas creativas de una Nación. La Alemania de pos-guerra es un claro ejemplo: renunciando a los peores rasgos de su identidad violenta, esa sociedad ha logrado el desarrollo económico y social. Los argentinos y argentinas debemos decidir: cambiamos y acordamos un nuevo contrato moral, como punto de partida para refundar la República buscando el desarrollo económico o seguimos con más de lo mismo. Abdicamos de tener ese contrato y en consecuencia nos resignamos a nuevos fracasos.

La propuesta es: recuperemos la confianza en nosotros mismos. Construyamos un proyecto común mediante políticas que permitan una distribución equitativa del ingreso, que generen empleo y nuevas formas de trabajo. Un proyecto que reconozca efectivamente los derechos ciudadanos a la salud, la educación y la cultura. Que incluya un fuerte apoyo a los sectores productivos, especialmente al sector de las Pequeñas y Medianas Empresas, agroindustriales y comerciales. Este proyecto también debería contar con políticas de reindustrialización, de tecnología y de crédito, que tengan al Banco Nación como instrumento central para alentar a las Pymes y microemprendedores. En

este país que soñamos, que queremos construir, es fundamental conservar la capacidad productiva de nuestros recursos naturales. Porque la tierra es parte de la herencia común que recibimos de nuestros antepasados y tenemos la obligación de legarla a las generaciones futuras. Sin territorio común no es posible ningún proyecto de República o Nación. Porque la tierra es para los argentinos, hay que establecer restricciones y limitaciones que reviertan el proceso de concentración e impidan la desnacionalización. Y debemos también recuperar y preservar los recursos energéticos porque constituyen un bien no renovable de todos los argentinos y argentinas. En el país que queremos se premiará el esfuerzo, el mérito será reconocido y será un valor por sobre el clientelismo político, el amiguismo, el nepotismo. Convocamos desde esta fuerza política a terminar con la resignación, a rebelarnos contra la mediocridad, a reivindicar el futuro, a construir una utopía que busque recuperarlo lo mejor de nuestra Argentina. Una Argentina donde la palabra tenga sentido, para que sea vehículo de la verdad y no de la mentira. Una Argentina donde la utopía sea una mesa bien tendida en cada hogar y en la que todos nos involucremos en una formidable lucha contra la pobreza, y a favor del progreso y la justicia social. Creo que ésta debe ser nuestra gran utopía: una República basada en el mérito, con una fuerte impronta educativa, destinada a que nuestros hijos no sólo puedan acceder al estudio, sino además, trabajar en nuestro país. Una Argentina de la paz, que sea construida sobre la base de la búsqueda de la verdad y de una justicia independiente que castigue el genocidio y la corrupción. Una Argentina donde exista un reconocimiento profundo del otro. En momentos de abatimiento, nos hemos preguntamos si valía la pena. Siempre nos contestamos que la mejor resistencia frente a las mafias o frente a los aparatos que quieren hundir a una nación, es decirnos: No podrán con nosotros. No podrán con nuestra esperanza. No podrán con la convicción interior de un pueblo que quiere construir la paz y la prosperidad. En esto consiste la epopeya de un pueblo y esto es lo que proponemos en estas Bases.